

FILMS DE AMOR

ODISEA DE UNA DUQUESA



Núm.
83

25
CTS

Billie Dove-Ben Lyon-Montagu Lowe

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 85

Odisea de una Marquesa

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la bella artista de la pantalla

BILLIE DOVE

.....
Selecciones **GRAN LUXOR**
VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 *Barcelona*
.....

REPARTO

Marcie Kane..... BILLIE DOVE
Roberto Kanzie..... BEN LYON

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Una boda aristocrática. El fausto deslumbra a los que admiran las ricas vestiduras, el brillante atavío y la forma de presentarse los invitados es objeto de los más diversos comentarios. La hija de un magnate del petróleo contrae matrimonio. Llámase ella Marcia Kane y es el novio el Gran Duque. Para la novia, campanas de la boda no tuvieron repique de fiesta; al contrario: doblaron por la muerte de sus ilusiones.

Entre el estruendo de la fiesta y las felicitaciones de las amigas y todo el oropel que acompaña a estos actos se la ve pensativa y no tiene en su rostro bello el destello de la felicidad que embriaga. Su falta de alegría tiene su explicación. Marcia Kane tenía un amor en el que verdaderamente había depositado todas sus ilusiones de virgen enamorada.

Aprovechando un momento en el que los invitados la dejan sola, Marcia acude a su tocador y de uno de los cajones extrae un telegrama, que lee con avidez. Su texto es el siguiente:

"Penoso deber me obliga a comunicarle

que Roberto Kenzie falleció repentinamente en explosión mina.—Simpson."

Como un rayo de luz ilumina las tinieblas que rodean el pasado de la novia esta revelación. Roberto Kenzie era el objeto de su dulce amor y aquella noticia brutal le separó para siempre del mundo de sus esperanzas. La novia llora... No es de pena al separarse de su padre. No. Marcia no teme la soledad; sólo teme la compañía de aquel a quien no ama y que difícilmente nunca podrá amar... El hombre a quien va a unir su destino es como su padre: uno de los magnates del petróleo. La comunidad de intereses hizo que entre su futuro y su padre combinaran la boda, que unía más bien los intereses que los corazones. Arturo Kane ambicionaba los terrenos petroleros de su yerno y, para conseguirlos, había utilizado la belleza y simpatía de su hija Marcia.

Mientras María examinaba el triste telegrama como dudando aún de que aquel pedazo de papel azulado pudiera ser la negación de sus ilusiones, el novio y el padre cambiaban estas palabras:

—Se ha realizado ya la boda... Ahora ya tenemos cada uno de nosotros todo lo que deseábamos: usted, mi hija, y yo, la expansión que siempre había soñado para mi negocio...

—¡Ja, ja!—exclamaba el Gran Duque, sa-

tisfecho—. El falso telegrama ha surtido su efecto...—agregó, radiante de satisfacción.

Poco podía figurarse la hermosa novia que acababa de unir su vida al Gran Duque que entre éste y su propio padre hubiera mediado la intriga indispensable a hacerla creer que Roberto Kenzie había muerto.

Pero así era en realidad, y bien a las claras lo demostraba la conversación que sostenían los dos. El telegrama había sido, sencillamente, una artimaña para lograr que la joven, al creer muerto a su amor y perdida toda alegría, consintiera en la boda con un hombre que más bien le era repulsivo...

¿Qué iba a ocurrir en el seno de un matrimonio que debía su existencia, iniciada apenas, a un equívoco fomentado tan burdamente y con tan aviesas intenciones?

Pronto la realidad de los hechos vendrá a demostrarlo. Roberto Kenzie vivía y no podía dejar que le arrebataran su amor impunemente...

Mientras en su aposento Marcia meditaba su triste sino, dos golpecitos dados en la puerta la sacaron de su éxtasis. Estuvo escuchando unos momentos como si no estuviera segura de que hubieran llamado y, al oírlos de nuevo, se encaminó a la puerta y la abrió.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver en el dintel a Roberto, que, al verla con el traje

nupcial que aún ostentaba por ser reciente la ceremonia, quedó profundamente extrañado.

—¿Pero es que te has casado?...

—¿Pero eres tú, Roberto?... Entonces... vives... o es que los muertos vuelven!—llegó a decir Marcia, profundamente turbada.

—¿Pero cómo es posible esto, Marcia?—interrogó angustioso Roberto.

Marta no supo qué contestar. La voz expiraba en su garganta y toda ella demostraba la más profunda emoción.

—Dime qué significa este vestido; habla, Marcia, por favor—insistió nuevamente Roberto.

—Sencillamente, que hace dos horas he contraído matrimonio con el Gran Duque Boris, a quien mi padre protege...

—Pero tú debes odiarle...

—Sí, naturalmente... Cuestiones de intereses, en las que no juega corazón.

—¿Pero cómo has podido dar tu consentimiento a esta boda?

—Me dijeron que habías muerto y mi padre necesitaba, para su salvación financiera, las propiedades petrolíferas de Boris, mi esposo...

—Tu esposo... Cómo me duele esta palabra. Y dices que te aseguraron que yo había muerto...

—Sí, y aquí tienes las pruebas—dijo Marcia alargándole el telegrama.

Roberto lo leyó de cabo a rabo en un segundo y quedó perplejo.

—Sabía—dijo con tristeza—de la falsedad de los hombres, pero no podía creer que llegara a tanto su maldad. Destruir así el más hermoso de los idilios, porque supongo que jamás podrás olvidar lo mucho que no queremos...

—¡Jamás, jamás!—dijo Marcia con acento de sincera convicción...

—¿Pero cómo no respondías a mis cartas, Marcia? Este ha sido el motivo por el que no he querido esperar más y me he presentado en tu casa y he recibido el duro golpe de verte de un modo tan inesperado, convertida en la esposa de otro hombre.

—¿Tus cartas? Si precisamente a mí lo que me extrañaba era el no recibir ninguna en mucho tiempo... y tanto fué así, que, a pesar de quererte, llegué a creer que es que me habías olvidado para siempre y fué lo que más me indujo a creer que, efectivamente, me habías olvidado por completo.

—Pues yo te escribía a diario. Si he venido ha sido sólo por saber el por qué de tu silencio, que de ninguna manera podía explicarme.

—No comprendo cómo la adversidad se ha cebado tanto en nosotros,



¡Dímel — ¿Que significa este vealido?

—Pues yo sí que adivino en todo ello la obra de tu padre. El fué quien, ya madurando su plan de casarte, procuró desvirtuar nuestras relaciones haciéndote creer en mi silencio primero y en mi muerte después...

—No importa. Con sus propias armas le venceremos: huiremos y procuraremos la anulación de este matrimonio, casándonos luego, inmediatamente.

—Imposible. La boda se ha verificado y he sellado ya mi juramento con mi palabra y con mi firma. No puedo ser perjura... pero tampoco puedo amar a un hombre que no seas tú, te lo juro.

Apenas pronunciadas estas palabras, rumor de pasos hizo salir por una puerta excusada a Roberto. El se hubiera quedado allí, se hubiera batido con todos y hubiera proclamado muy alto que Marcia sólo le amaba a él, pero la idea del escándalo le contuvo, ya que su amor por la joven era tan grande, que ni remotamente, para obtenerla, quería perjudicarla en su reputación y dar una campanada en el mundo elegante. Nueva York podía registrar en sus crónicas de sociedad una boda de conveniencia, y quería evitar que la maledicencia se solazara con las hablillas de un doble enredo matrimonial.

Apenas había salido Roberto cuando Marcia, que se expuso a escuchar atentamente

la conversación, oyó cómo decía Carlos Monroe, su padrino de boda, a su marido.

—Siempre he desaprobado esta boda; pero espero, Gran Duque, de su caballerosidad, que sabrá hacerse perdonar, caso de que un día Marcia supiera cómo se ha logrado su conformidad...

Estas palabras acababan de dar a Marcia el convencimiento de que había sido juguete de la ambición de su padre. Había sido tratada como un vil negocio cualquiera... Pero ella había trazado su plan. Sería para el mundo la gran duquesa de Boris Androwski, pero jamás la esposa, la hembra adorada de aquel aborto de los infiernos, que tan diabólico plan había tramado.

En estos pensamientos estaba Marcia cuando oyó crujir la puerta de su gabinete. Era el gran duque oBris, que acudía al lado de su mujer después de haberse despedido del último de los invitados. Marcia, que había pretextado encontrarse algo indispuesta para abreviar lo que para ella sólo era una comedia de amor, se estremeció de terror. Creyó que Boris había podido tropezar en alguno de los corredores con Roberto y esta idea la llenaba de pavor. Los golpes en la puerta sonaron de nuevo. Era su esposo y preciso fué que Marcia acudiera a abrir.

Boris entró radiante saboreando ya la po-

sesión de lo que por ley le correspondía. Al fin iba a ver realizadas sus ambiciones de hombre orgulloso de tener por compañera a una mujer de ponderada belleza. Antes de trasponer el umbral aun le gritó a Monroe que ya se acercaba hacia otro salón contiguo al recibidor.

—Ya lo sabe usted, Monroe, quiero que prepare usted una de sus deliciosas pantomimas... e de presentar a Marcia a todo Nueva York para que la admiren en su prodigiosa belleza. Ha de ser una fiesta regia... ¿me comprende?

—Sí—se oyó que respondía el eco lejano de la voz de Monroe, un viejecito simpático de gran comprensión humana y dotado de una inteligencia privilegiada y un don de gentes poco común en la metrópoli de los hombres de negocios.

Boris entró al fin y cerró la puerta tras él. Sus ojos brillaban del más feroz de los apetitos carnales. En su mirada leyó Marcia la lascivia y huyó a un rincón de la estancia, atemorizada ante aquella diabólica visión del hombre en celo. Su repugnancia era tan manifiesta que Boris la leyó en su claro mirar que jamás supo fingir.

Boris siguió adelantando hasta casi rozar con el aliento la cara de Marcia.

—Márchese usted, le detesto—dijo ella con

cólera—. He sido engañada... lo sé todo; no ignoro un solo detalle del plan que usted y mi padre han elaborado para hacerme olvidar a Roberto Kenzie, el único hombre a quien yo amaba y a quien...

—¡Basta!—gritó Boris—. Quiero demostrarla mi hidalguía en el proceder. No dé usted un escándalo esta noche y la juro que será usted respetada en esta casa.

Estas palabras tranquilizaron a Marcia que depuso su actitud, pero supo contestar acertadamente:

—Salga usted de mi casa, déjeme en paz y luego hablaré de su conducta. Si se porta usted como ofrece, tal vez en algún momento pueda olvidar que me ha comprado usted...

—Bien; sea lo que usted quiera, señora—dijo Boris, y salió de la habitación de su esposa, no sin antes decirle:

—Mañana nos trasladaremos a mi castillo de París y no dudo de que en Europa sabrá usted refrenar sus impulsos y ser algo más comprensiva.

En efecto al día siguiente se preparó el viaje a París y unos días después se hallaba el matrimonio en uno de estos castillos siempre en venta que los millonarios americanos pueden adquirir para dar cierta verdad a sus títulos de nobleza comprados igualmente a fuerza de dólares. Sus torres gallardas casi rasgaban el aire y en la puerta principal un

escudo altamente enrevesado había improvisado con sus cuarteles y demás zarandajas de la hidalguía prestada, toda la genealogía de la noble familia del petrolero. En verdad que Boris se había mostrado magnánimo. Conocedor del carácter fiero de Marcia había querido rendirla por la galantería. Siguiendo a los recién casados se hallaban también en París dos de los personajes principales de esta novela. Carlos Monroe, buen amigo de Marcia, sobre la que se había propuesto velar y Roberto Kenzie que no se resignaba a separarse de su amada.

Carlos Monroe no olvidaba el encargo que en Nueva York le hiciera Boris de preparar una pantomina que fuera el comentario de todo París y tenía su plan, que más adelante sabrá el lector también.

En el castillo estaba la servidumbre de Boris que tenía todo el atlético aspecto de un regimiento de cosacos. Todos eran rusos fieles a su amo y capaces de cometer por orden de él toda clase de tropelías. Al instalarse en su nueva vivienda donde Boris esperaba que se desharían en la cabeza de Marcia todos los pensamientos que no fueran los de convivir con él, la presentó a todos los criados diciéndola:

—Este es Ivan mi fiel criado... por defenderme es capaz de matar a media docena...

Y luego señalando una doncella de altivo mirar:

—Esta es Tana tu doncella que siempre estará a tus órdenes... mientras no contradigan las mías...

Mas tampoco el primer día fué para Boris nuncio de venturas. Transcurrió separado de su esposa y sólo a la mañana siguiente, acuciado por el deseo y faltando a sus juramentos de respetarla, se atrevió a llamar a la puerta de su cuarto como un mendigo de amor.

Había despachado ya Boris su succulento almuerzo, cuando, según hemos dicho se encaminó al aposento de su esposa. Pero ésta siguió mostrándose esquiva y aun cuando Boris recurrió a mil estratagemas todas ellas se vieron frustradas ante la decisiva negativa de Marcia. Era como un castigo para el hombre ardientemente enamorado y que no ha contado para afianzar el matrimonio con el aprecio de la que ha de ser su esposa. Boris estaba condenado al suplicio de admirar la belleza que según la ley era suya sin poderla gozar con la ilusión del recién casado. Los desprecios de Marcia le ponían frenético y aguzaba más en él la idea de la posesión no lograda.

Carlos Monroe hubo de intervenir varias veces en las discusiones del matrimonio.

Siempre eran las mismas. Boris se quejaba

de que a pesar de ser una dama... era Marcia ante todo su esposa y Monroe le replicaba que él a pesar de ser el esposo no debía olvidar nunca que era ante todo un caballero. Durante estas visitas de Monroe a su ahijada de boda Marcia le confesó que Roberto había vuelto...

—Por favor—le dijo ella—, sálveme, Roberto está aquí, vive y no cejará en sus propósitos de permanecer junto a mí a cada instante que le sea posible...

—No se apure usted, Marcia, que ya encontraré yo el medio de solucionarlo sin que llame la atención de nadie...

—Es usted mi ángel salvador — murmuró agradecida Marcia—. Se porta usted conmigo como si en realidad fuera mi padre.

—Tengo corazón, Marcia—le dijo por toda explicación Monroe—y siempre ha sido para mí la más noble de las tareas ayudar a los que se aman.

—No le lleve usted la contraria... Viene loco desesperado... Es capaz de cualquier disparate... Evite que ocurra una desgracia...

—Descanse usted en mí que estaré alerta para que nada se sepa de su presencia en París y que Boris no sospeche de sus verdaderas intenciones. Además que si la vida aquí se te hiciera imposible te llevaría a casa de mi hermana, donde tendría seguro asilo..

En realidad el único pensamiento de Ro-



El duque presentó a su esposa

berto era olvidar a Marcia y sobre todo desecharla la idea de que pertenecía a otro hombre... Sus diversiones predilectas eran el café concierto, donde era conocido por la displidencia con que trataba a las asiduas mujercillas que a él acudían, ya que ninguna de ellas le interesaba, aun cuando con todas alternaba para matar el tedio. Sólo deseaba que el jazz atacara sus notas de locura en cuyo fondo vibraba una nostalgia incurable, para beber champaña hasta apurar un buen par de botellas. Su reconocida esplendidez le rodeaba

siempre de buenos amigos que bebían a su costa.

Mas a pesar de estas orgías no podía borrar de su imaginación el recuerdo de Marcia que le obsesionaba. La veía en el fondo de la dorada copa de champaña, encontraba analogía en las facciones de la mujer que tenía delante y en todas partes su sonrisa le perseguía como recordándole las venturas que le podía brindar su puro amor. El ambiente del cabaret parisién con las bromas de rigor y las exhibiciones de mujeres tentadoras no decía nada a su espíritu ensimismado en la contemplación de un mundo ideal. Ni siquiera sus tres amigos Higinio Parkins, un veterano de la guerra que permanece en Francia preso entre las atractivas redes del whisky and soda; Mateo Carter, maestro en el arte de abrir cerraduras de seguridad y cajas de caudales, y Melitón Percival, una demostración de que la cara es el espejo del alma y que para su madre que es ciega continúa siendo un niño hermoso... son los tres puntales en que descansa su fingida alegría. Aun cuando los tres truhanes a él le parecen encantadores porque le distraen con sus chanzas y bromas. En el momento en que presentamos a los tres amigos al lector, pasa junto a Roberto un joven con marcado aspecto inglés. Inadvertidamente tropieza con la joven que en aquel momento está junto a nuestro héroe y éste sin

más explicaciones le larga un formidable directo que lo tumba cuan largo es. Reacciona el inglés y trata de repeler la agresión cuando el americano ya le ha colocado tres golpes más con la celeridad del rayo.

Se amotina la gente, acuden tres ángeles guardianes y acaba todo en una especie de tumulto en el que todos pegan y reciben...

—¡Viva la barba!...—exclama Roberto ante la excitación momentánea que el espectáculo del que es principal actor le produce...

Mas en esto llega Carlos Monroe que le andaba buscando y que poco más o menos, es decir, cabaret más o menos sabía ya que por uno de estos antros había de encontrarle...

—Mi amigo—dice el padrino de boda de Marcia—, permita que me inmiscuya en sus asuntos para advertirle que no puede en modo alguno continuar esta vida. Hay alguien que merece que usted recapacite y oriente su existencia hacia motivos más elevados que desperdigar las horas de juerga en juerga...

—¿Y quién es usted que así me habla y que trata de convencerme de qué método de vida es el mejor?—dijo Roberto.

—Alguien que le conoce a usted muy a fondo...

—Será por referencias porque yo jamás le había visto a usted en la vida... y, oiga, ¿no se equivocará usted y me tomará por uno de

• estos niños a los cuales sus padres mandan vigilar en los cabarets?

—No, señor Roberto Kenzie, sé perfectamente que se trata de usted.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Una mujer que le ama.

—¿Cómo se llama ella?

—Marcia Kane y se ha casado hace poco...

—Oiga, este nombre no se puede pronunciar aquí, es una profanación...

—Es cierto—dijo—, pero antes le debo a usted una explicación. Le he encontrado a usted gracias a los buenos oficios de un detective... Ella me lo había encargado, aun cuando no de un modo categórico. Sabía que usted se hallaba por esos lugares o tal vez sin saberlo lo suponía guiada por su instinto de mujer que ama.

—Es cierto; pero antes vamos a mi casa para hablar de estos asuntos; aquí no me siento en el derecho de hablar de Marcia... soy todavía demasiado joven para estas bacanales que a nada conducen como no sea el olvidarlo todo.

—Tiene usted razón; vamos a su casa, joven—dijo Monroe.

• —Pero no puedo dejar solos a mis tres camaradas—dijo Roberto, y tenía razón sobrada, pues los apaches aquellos en el ardor de la lucha estaban causando más destrozos en el cabaret que un tifón.

Trabajo les costó dejar la pelea, pero ante la perspectiva de entrar en casa de su amigo no vacilaron en abandonar el campo de batalla, esto no sin pasar antes con aire triunfal sobre los restos de la vajilla y mirando con desdén de triunfadores los rostros contusionados de sus adversarios que les vieron partir con la misma alegría que un horticultor vería alejarse la nube de granizo...

Mientras Monroe y Roberto se dirigían escoltados por los tres adláteres a la mansión del segundo, demos un vistazo a lo que ocurría en el palacio del duque Boris Androwski, marido obligado de Marcia. El noble ruso de ocasión quería demostrar a su esposa que sus desprecios no le producían mella y para ofenderla y humillarla a un tiempo convertía su casa en el teatro de las más desaprensivas escenas. Muchas veces invitaba a las artistas más descocadas del libre París y allí para él solo o a lo sumo para media docena de sus libidinosos amigos las hacía representar sus danzas lúbricas. De este modo quería demostrar a Marcia que también sin ella pasaba la vida alegremente y gozaba al saber que ella sufría al ver su casa convertida en la sucursal de un cabaret.

En cierta ocasión en que ella trató de oponerse a que estas fiestas continuaran y que hasta llegó a negarse a que penetraran los

amigos de su marido en la casa él la increpó diciendo:

—¿Qué derecho tienes tú a cerrar la puerta de mi casa a mis buenos y alegres amigos?

—Jamás toleraré que me mezcles en tus bañales—dijo ella con la indignación más fiera reflejada en el semblante. Y corrió a refugiarse en sus habitaciones.

Mas no estaba aun satisfecha la maldad de Boris. Quería que su esposa se mezclara a la canalla aquella. Furioso por su resistencia la persiguió hasta su cuarto exigiéndole que saliera. Fué precisamente la escena descrita en el momento en que Monroe y Roberto estaban reunidos en casa del desdichado joven. Marcia lo sabía porque no ignoraba la gestión que iba a realizar Monroe y antes que caer en manos de sus esposo y ser víctima de la brutalidad de éste, decidió huir.

Mientras se preparaba para fugarse, oyó la voz de su marido que la gritaba:

—Si antes de diez minutos no te has reunido con mis invitados te juro que haré derribar la puerta.

No saldré—dijo Macia, mientras por otra puerta, protegida por una doncella que compadecida de su desdicha la era fiel en extremo, salía de la casa que debía ser suya y que era solamente una cárcel ignominiosa...

Naturalmente, Marcia salió con el firme propósito de no volver más a casa de su ma-

rido y tomó el rumbo de la casa de Roberto, cuyo emplazamiento conocía, pues Monroe habíasele comunicado, teniéndola como la tenía al corriente de todos los pasos que el joven daba en París. No en balde Monroe para servir a la felicidad de Marta se había agenciado los buenos oficios del mejor detective de la Villa Lumiere.

En tanto en casa de Roberto éste y su viejo y buen amigo inesperado, el simpático Monroe, platicaban acerca de la situación de la desgraciada Marcia.

—No puedo pensar en ella sin darme ganas terribles de ir a su casa y arrancarla a viva fuerza del poder de este malvado...

—Tenga usted serenidad, Roberto, ella le ama pero no faltará a sus deberes. El tiempo puede ofrecernos la oportunidad de un divorcio y entonces al ser ella libre vendrá volando a refugiarse en los brazos de usted.

—Pero lo que tarda me impacienta y no podré resistirlo... mis nervios saltan, mi alma reclama el amor de esta mujer como único motivo e ideal de mi vida y sin ella noto que la vida me es imposible, pues la existencia que llevo es en realidad un verdadero suplicio al que sólo la desesperación y la muerte formarán su cortejo obligado.

—A mi edad la reflexión nos manda—replicó Monroe—, aun cuando en la de usted

sólo la fogosidad del corazón rige nuestros actos.

—Sí, pero yo no puedo mirar fría-
mente como mi amada Marcia vive en una situación
horrible, supeditada a los caprichos de aquel
miserable Boris.

La escena profundamente desgarradora al
avivar en el corazón de Roberto la llama inex-
tinguible de su amor amenazaba continuar
de no haberla cortado la nota cómica de la
presencia de los tres amigos que exclamaron:

—Señor, puesto que habitáis tan noble pa-
lacete hemos de pedirós la llave de la despen-
sa que aceptaríamos muy complacidos en este
momento.

—Tomadla—dijo Roberto, dando órdenes
al criado para que se la facilitara.

Nada más deseaban los tres hambrientos
eternos, pues al momento desaparecieron con
inusitada rapidez y se trasladaron a la des-
pensa en la que iniciaron un saqueo en toda
regla. Tiraron de embutidos y otros fiambres,
cortaron pan, escanciaron vino del mejor y
decidieron celebrar allí el gran banquete al
que también asistió el detective Monroe, que
primero trató de vigilarles, pero fué luego un
comensal y no de los que más dejaron des-
cansar la dentadura.

—Aleluya, compañeros—gritaba Higinio—.
Ahí tenemos toda una tienda de comestibles.
El eco de los gritos y la juerga que arma-



En un momento... Durante la representación...

ban llegó a distraer por breves momentos a Roberto, pero de nuevo la imagen de Marcia ocupó por entero su pensamiento.

—Es imposible que la olvide—dijo—. Monroe sus generosos esfuerzos que ya aprecio en lo que valen, desde que los conozco, gracias a sus explicaciones, van a ser completamente inútiles.

En este momento entró un criado anunciando:

—La señorita Marcia acaba de llegar y solicita ser recibida por el señor.

¡Cuánto me alegro de hallarme aquí—dijo Monroe—, de lo contrario temería por ustedes! ¡Es tan fácil que la juventud cometa una locura!

Penetró Marcia y su primer pensamiento fué arrojarle en los brazos de Roberto; pero la contuvo la presencia de Monroe.

—Marcia, Marcia—dijo suplicante Roberto arrojándose a los pies de su amada—. Tú no puedes vivir un momento más junto a este hombre, no puedes...

—Es cierto, no puedo, pero debo—dijo casi sollozando Marcia.

Mas esta escena apenas iniciada, penetró en la habitación contigua a la que se hallaban los dos jóvenes y Monroe, el Duque Boris, que había partido como una fiera en persecución de su esposa y la había visto entrar en casa de Roberto... La situación era de las que no

admiten solución. El escándalo iba a estallar que detendría al brutal Boris al hallar a su mujer en brazos de otro hombre, pues a pesar de la serenidad de Roberto y del honor de Marcia, uno y otro no pudieron contenerse y cayeron abrazados sobre un sofá, sin que el llanto dejara de manar de sus ojos como si lloraran la muerte de todas sus ilusiones. Triste era la escena y nada de pecaminos había en ella... ¿pero cómo la interpretaría el desalmado Boris?...

Monroe era el único que podía salvar la situación. Rápido como una centella y en el mismo instante en que Boris penetraba y los encontraba abrazados, dijo con acento de lo más natural y como si actuara de director de escena:

—No, no es así; hay que poner más fuego, más pasión en esta escena o la pantomima que me pidió su marido va a ser un fiasco...

—¿Qué significa esto? — exclamó Boris descompuesto en su ademán y tratando de requerir el revólver.

—¡Cómo, Gran Duque! — dijo sonriendo con la mayor naturalidad Monroe—. ¿Habéis olvidado ya la pantomima que me encargasteis antes de salir para Nueva York?...

—Es cierto—dijo Boris—; ahora comprendo, pero esta escena deberia eliminarse y no hace falta, por lo tanto, que vuelva a ensayarse...

—Ya juzgaréis del espectáculo cuando esté terminado... Ahora limitaros a comprobar que vuestras sospechas son del todo infundadas—añadió Monroe—. Marcia es la protagonista, y este joven el galán.. ¿Se convencerá usted de que digo la verdad si le presento a los demás actores?...

Al pronunciar estas palabras Monroe, aparecieron los tres satélites de Roberto, al que saludaron, como diciéndole: Estamos a tus órdenes, ¿a quién hay que sacudir el polvo?...

Saludaron los tres compinches y luego de presentar sus respetos a Boris, al que tenían grandes deseos de zurrar se fueron por donde habían venido, cerrando los puños, pues habían comprendido que aquel Boris con cara de traidor no era muy buen amigo de su amo...

Más o menos convencido, salió Boris de casa de su rival, al que ni siquiera conocía, circunstancia que permitió a Monroe salir más airoso en su cometido. Cuando se quedaron solos, Marcia, Roberto y Monroe, comprendieron el momento peligro que habían corrido y la generosa y espontánea cuanto acertada intervención de Carlos Monroe, que con su estricta serenidad había alejado las terribles consecuencias que hubiera podido tener aquel encuentro.

—Gracias a usted nos hemos salvado de

un grave conflicto—dijo Marcia, temblorosa todavía.

—Pues aun no sabe usted que al salir a despedir al duque, su esposo, la he dicho que la pidiera a usted mil disculpas por su modo de proceder—dijo Monroe.

—¿Y qué ha contestado?—trató de inquirir Marcia.

—Que esperaba que se abreviaran los ensayos y que yo mismo la acompañara a usted a su casa.

—¿Ha aceptado usted el encargo?

—Me he obligado formalmente a llevarle a su lado y ante la seguridad de mis palabras se ha marchado satisfecho.

—Pues pocas son las ganas que yo tengo de volver junto a aquel hombre—dijo Marcia.

—Sin embargo — agregó enérgico Monroe—, debe usted obedecerme, y además, representar la pantomima

—Haremos lo que usted nos mande, pero temo que nuestros corazones nos delaten—dijo Roberto, y asintió con la cabeza y con una elocuente mirada Marcia.

Entonces cordura sobre todo—dijo Monroe dirigiéndose a los dos—, y ahora a despedirse respetuosamente y a confiar en mí. Demos la entrevista de hoy por terminada.

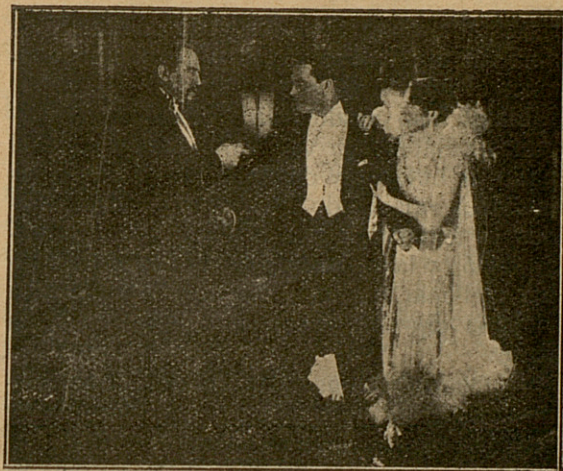
Dos días después, en el palacio del Duque se había congregado toda la aristocracia internacional que lleva en París una vida de

fastuosidad y ostentación. El anuncio de la celebración de la pantomima en la que va a tomar parte nada menos que la propia esposa del Gran duque, de cuya belleza se hacían tantos elogios, había despertado extraordinaria animación. Según un letrero rezaba imitando las fiestas egipcias, se anunciaba ya la síntesis del argumento. Denominábase el espectáculo "La Sirena del Nilo", y era su autor Carlos Monroe, que había cuidado de dirigir el espectáculo y de ponerlo en escena. Desarrollábase la acción en el palacio de la Reina de Egipto y los invasores, los soldados romanos raptaban a las doncellas hasta que la propia reina (Marcia Kane), para salvarlas, se presentaba al conquistador y lo dominaba con una danza en la que exhibía sus bellezas.

El duque, desde las primeras escenas de la obra estaba pendiente del trabajo de su esposa, que estaba verdaderamente arrebatadora con la ligera indumentaria de Sirena del Nilo... El espectáculo se desarrollaba sin incidentes, cuando un vieja chismosa dejó volar junto a Boris el siguiente comentario:

—¡Magnífica función, pero me parece que el joven que hace de galán es nada menos que un antiguo novio de Marcia!...

Afortunadamente, estaba allí Monroe, que recogía opiniones de los invitados, y cazó al vuelo las palabras de la vieja dama y vió el efecto que causaban en el duque Boris. In-



En el momento del desafío...

mediatamente fué a prevenir a Marcia y a Roberto, diciéndoles:

—¡Estad prevenidos que el duque lo sabe todo!

Así era en efecto, pero dejó que se celebrara la pantomima, y estuvo atentamente siguiendo la función. En cada escena de amor comprobaba que las miradas que se dirigían Roberto y Marcia eran algo más que la reproducción del papel que cada uno de ellos tenía asignado. Era el amor mismo lo que les salía a los ojos y las almas dialogaban. Bo-

ris estaba ciego de furor y de cólera. Si se amaban a espaldas suyas y no podían contener el ímpetu de sus corazones.

Llamó a su criado Ivan y cambió con él algunas palabras en voz baja. Luego salió al patio de butacas y despidió uno a uno a los invitados, afectando la mayor cortesía. Todos le felicitaban por el éxito de la representación y la belleza de su esposa. Para acabar de llenar su alma de rencor la importuna vieja le dijo al despedirse, recalcando la frase:

—¡Oh, maravilloso espectáculo!... Sobre todo aquel galán ¡qué galán y qué fogosidad y realidad en su papel!...

Esto acabó de exasperar al Duque que se dirigió al encuentro de Roberto y le dijo con mal disimulada cólera:

—Permita que le felicite. Debe usted saber que su actuación me ha entusiasmado. Aquella escena de la seducción ha sido sencillamente divina, pero recuerde — añadió acentuando la frase que ha tenido por resultado la muerte más horrible del galán...

—¡Ah, sí!—dijo Roberto.

—Pues sepa usted que en la vida las tragedias tienen el mismo final; esta es la triste y dolorosa realidad...

—Si lo dice en son de amenaza—dijo Roberto—, sepa que jamás he rehuído un lance

aun cuando estuviera seguro de que iba a perder la vida...

—Pues bien, le espero a usted en el jardín. Haremos un disparo cada uno—dijo Boris.

—No faltaré—respondió Roberto.

Dos horas después, la noche que era de las más oscuras, iba a ser testigo del más terrible de los desafíos. Roberto y Boris se hallaban en el bosque que circundaba el castillo que mejor que el jardín se adaptaba a sus planes. Cada uno llevaba pendiente del cuello un farol para no fallar la puntería. Ivan, el criado de Boris, se hallaba junto a él. Situados los dos rivales a una distancia conveniente, hizo Boris el primer disparo, que no llegó a rozar siquiera a Roberto.

Pero aun faltaba completar su canallada. Por orden de Boris, Ivan se precipitó sobre Roberto, sujetándole. Boris avanzó sobre él y apoyando la pistola en la sien, le dijo:

—¡El último disparo voy a hacerlo yo!

Pero en aquel instante aparecieron por encanto entre las sombras del bosque los tres amigos de Roberto, libertándolo y propinando a Boris y a su criado una monumental paliza, mas no se dieron aún por por satisfechos. Se dirigieron al palacio y trataron de libertar a Marcia. Boris se perplegó junto con su criado hacia las habitaciones próximas a las de Marcia, para desde allí ofrecer una desesperada resistencia.

Roberto, ayudado por sus tres apaches buenos, en aquella ocasión logró lo que anhelaba: medir sus fuerzas a solas con Boris. Ambos quedaron encerrados en una habitación y allí el valeroso joven le molió a golpes, dándole las trompadas por docenas!...

En tal situación Boris ya no daba pie con bola y ni podía ya defenderse. Entonces le dijo Roberto aprovechando la ocasión:

—Da usted su consentimiento al divorcio de Marcia.

—Sí—dijo débilmente el Duque, y cayó desplomado como si hubiera peleado en el ring y hubiera sufrido un fulminante k. o.

Marcia acudió a oír el ruido de la pelea junto a Roberto.. Este la tomó en brazos y la dijo, con acento de profunda emoción y entusiasmo:

—Dentro de unos años la felicidad que gozaremos nos habrá hecho olvidar que fuistes un día la esposa de este monstruo de maldad...

Marcia comprendió que borradas todas las huellas del dolor y cumplidos los trámites del divorcio, todavía el destino piadoso la reservaba horas de felicidad imborrable...

En aquel momento terminaba la odisea de una duquesa para empezar la dicha de una mujer enamorada.

F I N

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTEC FILMS. - Apartado 707. - BARCELONA
que remitiendo el importe, más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará en seguida